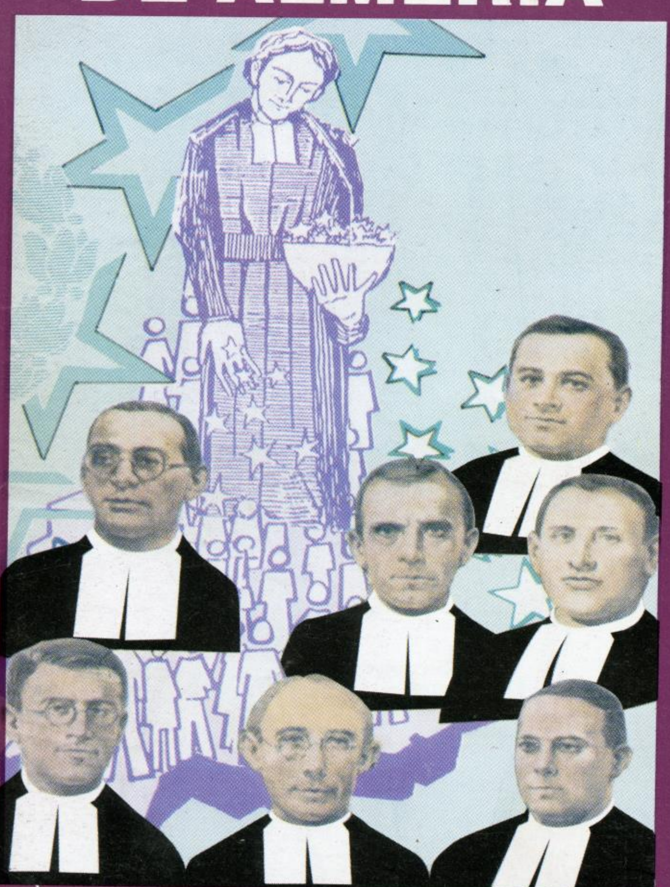
HERMANOS MARTIRES DE ALMERIA



Hno. Santiago Eizaguirre Garaitigota

HERMANOS MARTIRES de Almería

Hermanos de las Escuelas Cristianas
(HH.EE.CC.)

Editorial La Salle

HERMANOS MARTIRES de Almería

Hermanos de las Escuelas Cristianas
(HH.EE.CC.)

Editorial La Salle

Versión digital 2017.
Hno. Rodolfo Patricio Andaur Zamora

Tiempos de revolución...

En la segunda y tercera décadas del presente siglo, España ha estado muy influenciada por la revolución rusa de 1917, que implantó en la URSS un régimen llamado dictadura del proletariado, de carácter ateo y gobernado por el Partido Comunista.

En los años treinta el ambiente social y político de España se deteriora día a día. La monarquía tiene sus días contados; se va dando una ruptura entre ella y el mundo obrero, lo cual genera una psicosis de revolución.

Las fuerzas populares están empeñadas en tomar el poder y proclamar la república. Dentro de este sector antimonárquico predominan los comunistas pero hay también socialistas de varias corrientes, radicales, liberales y anarquistas; éstos últimos no quieren democracia sino el máximo debilitamiento del gobierno central.

La ocasión del cambio se presenta el 12 de abril de 1931, con las elecciones municipales. En la mayoría de las capitales de provincias triunfan los candidatos republicanos. El rey Alfonso XIII entiende que ya no cuenta con el apoyo del pueblo, deja de ejercer el poder real y parte al exilio para evitar un enfrentamiento violento.

Un comité revolucionario se constituye en Gobierno Provisional y en tres horas de comunicaciones telefónicas cambia los cargos provinciales del país. El 14 de abril nace la República.

Desde los primeros días, las proclamas del nuevo gobierno suenan a anticlericales; se teme que el nuevo régimen vaya a resultar sectario.

Las autoridades eclesiásticas manifiestan que todo cristiano debe acatar al nuevo régimen, ya que el Evangelio es independiente de las formas de gobierno, pero insisten en defender los derechos humanos y la libertad religiosa.

Persecución a la Iglesia y a la escuela cristiana

Comienzan a multiplicarse los ultrajes y hechos de violencia contra las personas, instituciones y edificios que tienen un significado religioso o alguna relación con la Iglesia.

Colocar la bandera comunista en lo alto de las iglesias y quemar lugares de culto y casas de religiosos son tenidos como actos revolucionarios.

Se difunde la consigna de la masonería: "Realizar, o al menos permitir, actos vandálicos contra los sacerdotes y religiosos para asustarlos y alejarlos de España".

Los Hermanos de las Escuelas Cristianas no se hacen ilusiones sobre su situación. Sus actuaciones son públicas y saben que los revolucionarios los tienen identificados.

En una y otra parte se escuchan las coplas del parlamentario Luis de Tapia que publica en el diario "La Libertad" de Madrid. El último verso de la que a continuación transcribimos va en contra de los Hermanos:

Distinguido jesuita,
¡a marcharte enseguidita!
Buen fraile de La Merced,
¡a ver si se marcha Usted!
Blanco y puro dominico,

¡huye a mil leguas y pico!
Salesiano cejijunto,
¡a ver si sales al punto!
Hermano de la Doctrina,
¡vete al Japón o a la China!

El 6 de mayo el Ministro de Educación firma un decreto que declara: "La instrucción religiosa no será obligatoria en las escuelas primarias ni en los demás centros dependientes del Ministerio".

El 11 de mayo, a las tres de la tarde, un grupo de jóvenes penetra en el Colegio de Nuestra Señora de las Maravillas que los Hermanos de las Escuelas Cristianas tienen en Madrid. Arrojan por la ventana las máquinas de escribir de la clase de dactilografía y rocían de petróleo las paredes y los pasillos mientras los Hermanos apenas alcanzan a escapar saltando las tapias y pasando por los tejados. Queman el Colegio, quedando sólo en pie la fachada con la estatua de la Virgen que la corona en su parte superior y también la imagen de San José sobre su pedestal en la capilla.

El Gobierno observa pasivamente estos atropellos; se limita a dar unas torpes explicaciones de la quema de conventos, colegios e iglesias, pero nunca se descubre a sus autores.

La Asamblea Constituyente aprueba una Constitución por la que el Estado se declara laico y coloca a la Iglesia bajo su dependencia, al estilo de las

Constituciones de México y Rusia.

Los obispos escriben una carta pastoral en la que denuncian el agravio que se está infligiendo a la Iglesia y a la fe de los católicos y alertan a los fieles ante los males y persecuciones que se avecinan.

A las Congregaciones se les prohíbe ejercer la enseñanza

El Parlamento y el Gobierno inician la persecución de manera oficial. El Director General de Educación da una instrucción según la cual los símbolos religiosos se tolerarán sólo en las escuelas en que todos los alumnos reciban instrucción religiosa; esto ocurre solamente en los centros católicos. Además, no se puede obligar a los maestros a impartir la enseñanza religiosa si ellos no lo quieren aunque todos los alumnos se lo pidan.

Después de unas semanas otro decreto ordena retirar de todas las escuelas las imágenes religiosas, aparentando inquietudes artísticas: "Queda prescrita por antihigiénica, antipedagógica e incluso antirreligiosa la práctica de decorar las paredes de las clases con cuadros e imágenes que no sean reproducción estimada de valiosas obras de arte". Las familias manifiestan infructuosamente su desagrado por tales medidas.

El 3 junio de 1933 la Ley de Congregaciones y Asociaciones Religiosas somete a todas las

congregaciones y grupos religiosos a una fiscalización del Estado. También cortan la subvención a los centros educativos de los religiosos y a éstos se les prohíbe enseñar:

"Las Ordenes y Congregaciones religiosas no podrán dedicarse a la enseñanza. No se entenderán comprendidas en esta prohibición lo que organicen para sus propios miembros o candidatos a la vida religiosa.

El ejercicio de la enseñanza de los miembros de las Ordenes y Congregaciones religiosas cesará el 1º de octubre próximo para toda clase de enseñanza, excepto para la primaria, que terminará el 13 de diciembre".

A los colegios de religiosos acuden 27.000 alumnos de enseñanza media mientras que los establecimientos estatales cuentan solamente con 25.000 alumnos de ese nivel. Las autoridades del gobierno son las primeras en darse cuenta que es un problema reemplazar a los religiosos, que atienden a tal cantidad de alumnos y cuentan con un apreciado prestigio, por lo que en algunas localidades permiten que las escuelas católicas sigan funcionando.

Dejan la sotana para poder seguir enseñando

El ambiente para todo lo religioso empeora día a día. Los Hermanos ven que sólo hay dos maneras

posibles de reaccionar ante esta situación para poder seguir educando cristianamente a la juventud: una es "secularizarse" en aspectos secundarios, como dejar el hábito religioso; la otra es abandonar la vida religiosa y dedicarse a la tarea de la educación como seglares.

Los Superiores dejan plena libertad a los Hermanos, en este punto tan delicado, y piden a cada uno que indique sus preferencias. Sin embargo, los Hermanos prefieren que sean los mismos Superiores quienes tomen la decisión final y aceptan vestirse de seglar para seguir trabajando en las difíciles circunstancias que se presentan en el país.

Al terminar el año escolar, avisan a los padres de los alumnos que en cuanto religiosos no les está permitido seguir dando clases a sus hijos y que van a ser sustituidos por "maestros católicos".

Días antes de iniciarse el nuevo año escolar, en septiembre de 1933, dejan el hábito religioso y, vestidos de seglar, realizan un intercambio de lugar con los de otros colegios donde no se les conoce; sin embargo, en algunas localidades se quedan en el mismo colegio, como maestros católicos, abandonando la denominación de "Hermano" y vestidos de seglar. Incluso cambian el nombre oficial de algunos colegios para hacer ver que acatan las órdenes de la autoridad.

Los Hermanos tienen presente las indicaciones dadas por los Superiores: "La secularización no debe

llegar al alma. Por dentro seguimos siendo hijos de La Salle". Conservan las cruces y cuadros religiosos en los diversos ambientes del colegio, rezan al principio de las horas de clase, siguen con la clase de religión diariamente, invitan a los alumnos a encontrarse en la puerta de la iglesia los domingos y fiestas para asistir a Misa, mantienen para las clases los libros compuestos por los Hermanos para las diferentes asignaturas.

Primeras víctimas de la revolución

Los comunistas no están satisfechos con el Gobierno de la República, dicen que no favorece a la gente sencilla e inician un movimiento para cambiar el orden social. Según ellos, la religión es "el enemigo del pueblo" y la Iglesia es el principal impedimento para que ellos logren su acceso al poder. Se proponen destruirla por todos los medios para implantar lo que llaman revolución proletaria.

Dentro de su propósito de instaurar un régimen ateo, gritan: "¡Afuera los crucifijos!" y añaden algunas medidas restrictivas: prohiben el toque de las campanas de las iglesias y conventos y suprimen los símbolos religiosos de la vía pública. Consideran toda manifestación religiosa como provocación, aun algunas tan pacíficas como adornar los balcones de las casas con símbolos religiosos en las fiestas.

Los Hermanos reemplazan el toque de la campana para las oraciones de la comunidad por un timbre eléctrico y procuran que los vecinos no las oigan; al escribir las cartas no colocan el apelativo "Hermano", pero estas medidas son casi ridículas. Todos saben que los actuales maestros son Hermanos igual que los anteriores.

Los milicianos comunistas multiplican los hechos de violencia, allanan las casas de religiosos a horas intempestivas de la noche e incendian iglesias y conventos.

El 5 de octubre de 1934 se produce una huelga general en protesta por algunos cambios que el Gobierno de coalición ha realizado en beneficio de la derecha. Las autoridades logran sofocarla rápidamente en todas partes salvo en Asturias donde los comunistas y anarquistas asesinan a 34 eclesiásticos de la zona, entre ellos a 8 Hermanos de las Escuelas Cristianas que trabajan en la escuela del centro minero de Turón: los Hermanos Cirilo Bertrán, Marciano José, Victoriano Pío, Benjamín Julián, Augusto Andrés, Benito de Jesús, Julián Alfredo y Aniceto Adolfo.

Ellos son los primeros Hermanos de las Escuelas Cristianas martirizados en esta revolución y son beatificados por el Papa Juan Pablo II en 1990 y canonizados el 21 de noviembre de 1999.

La guerra está a las puertas...

El 16 de febrero de 1936 se realizan las elecciones para el Parlamento, convocadas por el Presidente de la República Niceto Alcalá-Zamora. Por escaso margen gana el Frente Popular liderado por el Partido Comunista aliado con liberales, republicanos de izquierda, radicales, socialistas de varias tendencias y el violento partido de los anarquistas.

El 28% de los ciudadanos se abstiene de votar. El resultado electoral es objeto de fuertes críticas.

Las decisiones del nuevo jefe de gobierno Manuel Azaña, de la Izquierda Republicana, no agradan a muchos. Una de éstas es la liberación de unos 30.000 presos por la participación en el violento levantamiento de Asturias y de Barcelona realizado en octubre de 1934.

El Gobierno se radicaliza iniciando una persecución ensañada contra todos sus opositores.

En el aspecto social, los conflictos laborales se multiplican; en seis meses se producen 113 huelgas generales y 218 huelgas parciales y se incendian 284 edificios públicos. Aumenta la violencia de partidarios de ambos extremos promoviendo grupos paramilitares.

El 7 de abril es destituido el Presidente de la República por la presión de la izquierda y es nombrado en su lugar el hasta entonces primer ministro Manuel

Azaña.

El 14 de julio hay dos entierros en Madrid. Dos días antes ha sido asesinado por un falangista el teniente de Ejército José Castillo, instructor de las milicias del ala más violenta del Partido Socialista Obrero Español, PSOE. Esto origina una reacción que se manifiesta en el asesinato del diputado derechista José Calvo Sotelo, jefe del Partido Renovación Española, en la madrugada siguiente.

Estalla la guerra civil

El 17 de julio el regimiento militar de Melilla se alza en rebelión y se le unen los regimientos de otras ciudades. La noticia del Alzamiento de una parte del Ejército contra el Gobierno Republicano es conocida rápidamente en todos los rincones de España.

Muchos esperaban una intervención militar como la solución a tanta inestabilidad; otros la temían; casi todos intuían que algo tenía que pasar, porque la situación político-social era insostenible.

Al día siguiente, 18 de julio de 1936, el general Francisco Franco se proclama Caudillo del Movimiento Nacional. Los españoles quedan enfrentados en dos bandos: nacionales y rojos. Se inicia una guerra civil que durará tres años y originará cerca de un millón de muertos.

Las tropas de Franco reciben apoyo militar de Adolfo Hitler desde Alemania y de Benito Mussolini desde Italia para contrarrestar el avance comunista, mientras las fuerzas republicanas reciben apoyo de la Unión Soviética.

El Frente Popular, que gobierna la nación, multiplica los comunicados y consignas; recomienda que en cada localidad se establezca un comité para juzgar a los enemigos de la revolución. De día y de noche se fusila a opositores y se dispara a mansalva. La Cruz Roja recoge diariamente cadáveres abandonados en calles de poco tránsito y en cunetas de carreteras; algunos días el número de ellos supera las cincuenta.

El imprudente que se permite la menor crítica contra los anarco-comunistas, aunque sea izquierdista, tiene la muerte segura. Tranvías y autobuses circulan repletos de gente pero en ellos se guarda el más absoluto silencio por temor a ser denunciado. El aspecto de la gente es extraño: van y vienen con rostros agresivos y suspicaces, temerosos y tristes. Son consecuencia de la situación de guerra que viven.

El 13 de agosto el Gobierno republicano clausura todos los centros educativos de las congregaciones religiosas con el pretexto de que "hubieran favorecido a los sublevados".

Ser religioso o sacerdote es motivo suficiente para ser insultado, maltratado y vejado. La consigna es

terminar con ellos; son tenidos como elementos peligrosos. Cualquier grupo de milicianos se siente con autoridad para eliminarlos sin tener que dar cuenta a nadie.

Días de incertidumbre

Almería es una ciudad andaluza situada a orillas del Mediterráneo. Catorce Hermanos de las Escuelas Cristianas llevan allí el Colegio San José y otros cinco dirigen la Escuela de Las Chocillas.

La ciudad está dominada por elementos republicanos y la masonería. Un día los Hermanos encuentran una bomba delante del Colegio. Por fortuna el artefacto no estalla. El Hermano Aurelio María, director, atribuye este favor a la protección de San José, patrono del Colegio, y escribe a un amigo: "Cada día nos acercamos más a la muerte. Los tiempos son malos. El Gobierno tiene la intención de deshacerse de toda la parte sana de España: ¡estemos listos!".

El comité revolucionario de Almería tiene bastante vitalidad; lo constituyen militantes socialistas, comunistas, republicanos, anárquicos y trosquistas, presididos por el anarquista Juan del Águila Aguilera. Los republicanos resuelven detener a todos los elementos sospechosos de no apoyar la revolución, particularmente a los sacerdotes y religiosos.

Se extiende el rumor de que se va a encarcelar a mucha gente, lo cual aumenta la inquietud e inseguridad; en algunos sitios se habla de huir, de esconderse y de abandonar la ciudad. Los Hermanos del Colegio San José pasan tres días esperando que se aclare el rumbo de los acontecimientos. Entre tanto, llegan noticias de registros, detenciones, saqueos e incendios.

El 20 de julio, decenas de milicianos merodean por los alrededores del Colegio. A media noche un tiroteo general, acompañado de bombas y petardos, envuelve la ciudad. Al día siguiente, ésta amanece en manos de milicianos armados, quienes aparecen como sus dueños.

Pasadas algunas horas, la tropa sale a las calles para imponer el orden a nombre del Gobierno, librando combate ante las barricadas y ante el edificio del Gobierno Civil, pero al fin la tropa se ve obligada a rendirse. En un momento se licencia a todos los soldados. La ciudad es descrita como un "campamento infernal", donde veinte incendios iluminan el "horrendo parto de la revolución".

El día 22, muy temprano, va al Colegio el sacerdote don Martín Salinas para celebrar la misa con los Hermanos y, dados los acontecimientos que se viven, optan por consumir entre todos las Hostias consagradas que están en el sagrario afín de evitar

posibles profanaciones.

A las nueve de la mañana se reúne frente al Colegio una multitud de personas vociferando, son miembros del Frente Popular. Uno de los cabecillas llama a la puerta, dice que vienen a hacer un registro del edificio y a recoger las armas que los Hermanos tienen escondidas; evidentemente que no hay ninguna, se trata de un pretexto.

Al Hermano Aurelio María, director, le autorizan a acompañarles durante la revisión del Colegio. Logra salvar algunos objetos personales sin poder impedir el saqueo. Los muebles de la casa, los bancos, el armonio, el altar y los reclinatorios de la capilla son destrozados y arrojados al fuego.

Entre insultos, empujones y amenazas, conducen a algunos Hermanos al Ayuntamiento, próximo al Colegio. Como no pueden tenerlos en la alcaldía por falta de espacio, se les permite buscar una casa hospitalaria pero con la condición de que no vuelvan al Colegio.

El Hermano Aurelio María y otros cuatro Hermanos se alojan en el Hotel Central. Los Hermanos Teodomiro y Evencio son detenidos en la calle, cuando van de camino a la oficina de correos. Los demás quedan en libertad viviendo errantes y sufriendo todo tipo de penurias.

El Instituto de los Hermanos en todo el mundo

sigue con angustia la suerte de esta comunidad. El Hermano Amadeo escribe desde París al Hermano Pelayo, de Sevilla:

"Tengo en mi poder algunas cartas del Hermano Asistente que me pide que ayude a los Hermanos de Almería, que se encuentran extremadamente necesitados. Aquí nadie sabe su dirección. Nuestros Hermanos de Barcelona están dispuestos a ayudarles pero, por mucho que han intentado, no han logrado conocer su paradero".

Periódicamente envían paquetes por correo desde Francia al Hermano Eusebio a nombre de Carmen o de otros bienhechores. El transporte se hace por intermedio de la Cruz Roja Internacional o por casas que tienen organizada esta clase de servicios.

Lo que ocurre con los envíos no se sabe hasta meses más tarde. El 1º de noviembre de 1937, el Hermano Eusebio comenta: "No hemos recibido absolutamente nada". Lo cierto es que no hay una manera segura de recibir paquetes hasta noviembre de 1938.

* * * * *

Los tres primeros en ofrendar sus vidas son: el Hermano Edmigio, el Hermano Amalio y el Hermano Valerio Bernardo.

Hermano Edmigio (Isidoro Primo Carretero)

Isidoro queda huérfano de padre a la edad de siete años. Su madre, de escasos medios económicos, consigue que sea recibido en el Hogar de La Santa Espina que llevan los Hermanos en Valladolid.

Este funciona en un antiguo convento de monjes Cistercienses. La señora que había adquirido la propiedad del convento abrió en ella una escuela de agricultura con un hogar para niños huérfanos, ofreciendo la dirección de ella a los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

Isidoro se adapta rápidamente a este nuevo ambiente y se entrega de corazón al estudio, siendo uno de los primeros de su clase. Tiene una memoria excelente; repite con facilidad párrafos e incluso capítulos de obras espirituales.

Allí realiza su primera comunión y siente la llamada de Dios para ser Hermano, como sus maestros. Ingresa al noviciado, recibiendo el nombre de Hermano Edmigio.

Terminados sus años de formación, es enviado a trabajar al Colegio del Sagrado Corazón en Madrid, éste es otro hogar para niños huérfanos. Después es en el Colegio de Nuestra Señora del Carmen, en Melilla, donde los alumnos mayores aprecian su competencia en física, química y ciencias naturales.

Manifiesta una delicada alma de apóstol y de

santo; cuida que la capilla esté siempre con flores frescas. Da un nuevo impulso al grupo juvenil Congregación de la Santísima Virgen. Con el grupo de los "Tarsicios", formado en honor de la Eucaristía, hace semanalmente la "hora santa" de adoración al Santísimo Sacramento. Comunica a los alumnos gusto y entusiasmo por la oración y les anima a confesarse y comulgar frecuentemente.

Así pasa los años de su vida religiosa hasta que en 1933 llega al Colegio San José de Almería donde ofrenda su vida por amor a Cristo.

Hermano Amalio (Justo Zariquiegui Mendoza)

Es compañero de martirio de los Hermanos Edmigio y Valerio.

Desde niño Justo se manifiesta sencillo y servicial; esta es una característica que le acompaña toda su vida. Siendo Hermano se especializa en la pedagogía con los chiquitines, le llaman el "Hermano de los pequeños". Se preocupa de que tengan las manos limpias y los cuadernos sin tachaduras ni borrones; que durante la oración estén con una actitud recogida y las manos juntas. Tiene una lista de sus alumnos en la cual anota diariamente los progresos de ellos y si es necesario les enjuaga las lágrimas.

Su entrega le hace ganar la estima de los niños

y sus padres. Es frecuente escuchar a éstos: "¡Cómo quiere el Hermano Amalio a sus alumnos. El más cariñoso de los padres no lo haría mejor que él!".

Cuando el sol quemante hace cabecear a nuestro Hermano, los pequeños permanecen tranquilos, silenciosos y caminan de puntillas para no interrumpir el adormecimiento de su querido profesor.

Se entrega con entusiasmo a los grupos juveniles Congregación Mariana y Congregación del Niño Jesús promoviendo vocaciones. De este grupo salen diez jóvenes para el seminario sacerdotal y seis para el postulantado de los Hermanos.

Cuando llega la guerra civil en 1936, el Hermano Amalio se encuentra en el Colegio San José de Almería, siendo otra de las víctimas causadas por quienes quieren enterrar el cristianismo.

Hermano Valerio Bernardo (Marciano Herrero Martínez)

El tercero de este primer grupo de mártires es Marciano. Inicia su formación de Hermano de las Escuelas Cristianas en Griñón. Allí recibe con gran alegría el hábito de los Hermanos y el nombre de Hermano Valerio Bernardo, la víspera de la fiesta de la Purificación de María.

Desde los primeros días del noviciado

comprende el secreto de la verdadera felicidad está en tener el corazón limpio y lo deja consignado en sus apuntes: "Mediante el control de los sentidos guardaré mi alma limpia de toda falta y mi conciencia libre del remordimiento que consume la vida del pecador y la del religioso poco generoso".

Una de sus características es una sonrisa siempre abierta y un carácter alegre; los alumnos dicen que es una de las personas a las que no queda otra posibilidad sino quererle. Se ingenia para que ellos tomen con seriedad los estudios y progresen rápidamente.

Como religioso, al Hermano Valerio se le ve siempre obediente a los superiores que Dios le va colocando en su vida consagrada. Ve a Dios en ellos, pide permiso hasta para cosas insignificantes y habla siempre positivamente de los demás y con mucha caridad de los demás.

En 1933 es enviado al Colegio San José de Almería; allí le sorprenden los tristes acontecimientos de la guerra que causan tantas víctimas. Es el más joven de este grupo de mártires, muere a los 27 años.

Camino a la casa del Padre

Después de ser apresados el 22 de julio, los tres Hermanos: Edmigio, Amalio y Valerio quedan en la

cárcel separados del resto de su comunidad en condiciones lastimosas.

Son objeto de las burlas e insultos de sus guardianes pero no pierden la calma. Están convencidos de que van a matarlos y se esfuerzan en ser un modelo para los demás prisioneros, a quienes animan y alientan a acudir constantemente a Dios.

El 12 de agosto de 1936 son conducidos al barco carbonero "Astoy-Mendi" convertido en prisión flotante.

Comparten su vida con unos cuatrocientos detenidos sufriendo atrozmente en la infecta bodega del barco, amontonados, sin servicio higiénico para hacer sus necesidades fisiológicas y sin tener ni siquiera espacio para tenderse en el suelo.

Mientras, Dios les da una indecible alegría que les ayuda a soportar las torturas físicas; ellos le piden fuerzas para ser fieles a su divina voluntad.

El sacerdote jesuita Cipriano García, compañero de infortunio, dice: "Los Hermanos vivían muy unidos con el Señor y rezaban continuamente el rosario. El Hermano Valerio hablaba mucho de Dios. El Hermano Edmigio se mostraba sereno y leía largos ratos el libro "La Imitación de Cristo". Se juntaban en horas convenidas para hacer las oraciones propias de su comunidad".

Días más tarde los milicianos ordenan que los

sacerdotes y religiosos hagan una lista con sus nombres. Los tres Hermanos escriben sus nombres sabiendo que con ello están firmando su sentencia de muerte. El día 29 se hace un nuevo recuento de sacerdotes y religiosos; todos están presentes.

El 30 de agosto a las dos de la mañana, un oficial se presenta y lee la lista anterior. Los candidatos al martirio salen uno tras otro en un silencio impresionante, conscientes que esta vez los sacan para matarlos.

Hacinados en camiones parten en dirección a Cartagena pero de repente se detienen en la localidad de Tabernas; se les hace bajar, preparan los fusiles y los matan uno a uno, con un tiro en la cabeza. Toman los cuerpos y los arrojan a unos pozos abandonados del yacimiento de "La Lagarta" de donde antiguamente se extraía azufre. Allí abajo, a más de cuarenta metros de profundidad quedan mezclados con piedras, tierra y maleza.

El fúnebre y sublime holocausto está consumado. Cuando meses más tarde son exhumados estos restos, todos presentan las manos atadas a la espalda. Los médicos, que los analizan, estiman que el Hermano Valerio ha sido echado al pozo aún con vida y que en la caída se fracturó ambas piernas. Igualmente el cadáver del Hermano Amalio presenta un brazo fracturado.

* * * * *

Los dos siguientes en ofrecer su vida al Señor son los Hermanos Teodomiro Joaquín y Evencio Ricardo.

Hermano Teodomiro Joaquín (Adrián Sáinz)

Adrián es muy querido en el pueblo de Puenteduey, donde vive sus primeros años. Siendo niño le gusta pasar sus tiempos libres leyendo vidas de santos, de aventuras y de viajes; al avanzar sus estudios manifiesta afición a la literatura y añade, al repertorio de sus lecturas, algunas obras de clásicos españoles.

Cuando el sacerdote de la parroquia está ausente, le encargan a Adrián presidir el rezo del santo rosario. También el 2 de Mayo, Día del Arbol, él es quien lee el discurso que el maestro compone cada año para esta circunstancia. Además tiene una voluntad firme que le ayuda a rechazar las incitaciones al mal que le hacen sus compañeros.

Cuando siente el llamado del Señor, sus padres no sólo no se oponen a la vocación de su hijo sino que le animan en su consagración a Dios. A los dieciséis años ingresa en el noviciado de los Hermanos donde recibe el hábito religioso y el nombre de Hermano Teodomiro.

Quienes le conocen, aprecian en él su alma de artista y de poeta. Organiza con gran habilidad sesiones recreativas y artísticas con ocasión de algunas fiestas. Compone en verso el pequeño drama "Palma y laurel" sobre el Beato Hermano Salomón, mártir de la Revolución francesa; es representado en el teatro del colegio recibiendo abundantes alabanzas del público.

¿Quién podía suponer que diez años más tarde el autor de este conmovedor drama sería el héroe de otra gesta no menos sangrienta?

Con un sano criterio para apreciar las cosas en su justo valor, toma conciencia del efecto negativo que produce su carácter un poco frío y encerrado en sí mismo, tanto en sus cohermanos como en los alumnos; trata de compensarlo citando con mucho arte el enorme tesoro de ejemplos, anécdotas y comparaciones que guarda en su memoria.

En 1933 es enviado al Colegio San José de Almería donde permanece hasta el fin de sus días; allí derrama su sangre por fidelidad a Cristo.

Hermano Evencio Ricardo (Eusebio Alonso Uyarra)

Eusebio es compañero de martirio del Hermano Teodomiro; es el tercer hijo de una familia muy cristiana. Desde temprana edad realiza con admirable responsabilidad las funciones de acólito en

la iglesia de Viloria de Rioja. Sin tener en cuenta las inclemencias del tiempo, se levanta tempranito cada día para ayudar la primera misa de la parroquia, incluso en los duros inviernos.

Estudia en la escuela que tienen los Hermanos de La Salle en Viloria. Allí descubre que el Señor quiere que se consagre a su servicio, anunciando el Evangelio a los jóvenes, como sus maestros. Los años vividos con sus padres le han preparado muy bien a la disciplina y ambiente de una casa religiosa.

Ingresa en el noviciado y recibe el nombre de Hermano Evencio Ricardo, mostrándose muy piadoso. A menudo se le ve recitando alguna oración con los brazos en cruz como Jesús en el Calvario. La devoción a María es otra de sus características; él la honra con el rezo diario del santo rosario. En las cartas que escribe a sus padres les insiste que no dejen de rezarlo cada día.

El entusiasmo, que manifiesta al verse ya en camino de consagrarse a Dios, influye tanto en su hermano Blas, que al poco tiempo lo sigue también al noviciado de los Hermanos.

Su alma de apóstol le mueve a conseguir otras vocaciones para el Señor. Doce compañeros de infancia, impactados por sus consejos, toman el camino que él había abrazado de Hermano de las Escuelas Cristianas.

Uno de ellos escribe posteriormente: "Al Hermano Evencio siempre lo he visto alegre, optimista

y lleno de entusiasmo para el estudio. Lo que más me ha llamado la atención es su rostro, su sonrisa cándida, signo evidente de su felicidad interna. Esta sonrisa le acompañaba en todas las etapas de su breve carrera y, no lo dudo, que también en el martirio".

Cuando los Hermanos de España hacen una reorganización interna, él y su hermano Blas quedan en dos distritos distintos. Blas le insta a que escriba a los Superiores para que los dos estén en el mismo distrito pero el Hermano Evencio se niega y le dice: "Lo que Dios hace, está bien hecho. Si nos han puesto en distritos distintos es porque El así lo quiere".

Otros dos mártires más

El 22 de julio, los Hermanos Teodomiro y Evencio son detenidos en un control callejero mientras se dirigen a la oficina de Correos, para enviar una carta a sus familiares; ésta nunca llegó a su destino. Son conducidos al cuartel de Infantería entre los gritos y burlas de un populacho ávido de sangre que les sigue los pasos reclamando su muerte.

Los tienen encerrados durante cuarenta y cuatro días en un calabozo insalubre, reducido y oscuro. Allí son el blanco de toda clase de injurias, privaciones y malos tratos de parte del guardia que los tiene a su cargo. Cuando éste les lleva la comida, dice con

insolencia: "Voy a dar de comer a los perros del cuartel". Sólo unos minutos al día los deja salir de la estrecha mazmorra, para hacer sus necesidades corporales.

El Señor actúa con los dos Hermanos como lo hizo con Daniel cuando estuvo en el foso de los leones, según nos relata la Biblia. A los siete leones, que allí estaban, les daban diariamente dos cuerpos humanos y dos ovejas pero, cuando le echaron a Daniel al foso, no les dieron nada para que tuvieran más hambre y lo devorasen de inmediato.

Mientras tanto, el profeta Habacuc, que vivía en Judea, acababa de preparar un guiso y pan para llevarlo a los segadores, pero el Señor por medio de un ángel lo tomó por la cabeza e hizo que llevara ese alimento a Daniel, a quien no le faltó comida, mientras los leones se le acercaban y no le hacían nada.

El ex-alumno Manuel Hernández repite la misión de Habacuc para con los Hermanos Teodomiro y Evencio; se preocupa de ellos de una manera admirable, llevándoles cada día la comida y la ropa que necesitan.

Alguien le advierte a Manuel del peligro de muerte que corre al actuar así; éste pide a su madre que le reemplace llevando los alimentos y la ropa a los Hermanos. La buena señora no se hace de rogar y no solamente les provee de alimentos sino que recoge la

ropa de los Hermanos y se la lleva a su casa para lavarla.

Posteriormente también le amenazan a ella y es reemplazada por el ex-alumno Francisco Banqueri. Francisco queda impresionado del estado de salud de sus antiguos profesores. La oscuridad, la inmovilidad y demás condiciones en que viven les han debilitado mucho. Al Hermano Teodomiro se le ve hinchado y amarillento. Refiriéndose a él, dice Francisco: "El Hermano Teodomiro está tan pálido, tan débil y tan horriblemente desfigurado que me ha sido difícil reconocerle".

Los milicianos temen que se les muera en la cárcel. Para tener menos problemas, lo trasladan a la enfermería. Pero éste, consciente de que su compañero de comunidad, el Hermano Evencio, también está mal y si los separan quedaría solo. Pide que le lleven de nuevo al calabozo, así podrían apoyarse mutuamente.

Días más tarde proponen como alternativa el ser llevados al barco-prisión Astoy-Mendi, creyendo que allí estarían mejor.

El 4 de setiembre se presenta Garrido, uno de los jefe milicianos, les hace subir en un auto y les lleva fuera de la ciudad diciendo que van a ser trasladados al barco Astoy-Mendi pero los lleva a un acantilado al borde del mar, a un lugar llamado "La Garrofa". Llegando allí, les hacen bajar bien custodiados.

Garrido toma el revólver y, con el dedo puesto

en el gatillo, les encañona al pecho al paso que les interroga separadamente a uno del otro sobre su vida pasada, sus actividades antes de la Revolución, su participación en el alzamiento militar, su situación de religiosos y las armas y tesoros que, según él, los Hermanos escondían en el colegio.

Es el propio Hermano Teodomiro quien le había sugerido que el interrogatorio fuera por separado para que comparando las respuestas se cercioraran de su inocencia; así lo hacen los milicianos. Varias veces les amenazan con empujarles al abismo abierto bajo sus pies si no declaran toda la verdad.

Las respuestas de los Hermanos no contienen ninguna información de interés. Garrido y sus compañeros quedan convencidos de la inocencia de los detenidos y de que están totalmente ignorantes y ajenos a todos estos asuntos, pero eso no importa: son religiosos y eso ya es un delito.

Les hacen subir de nuevo al auto y emprenden el regreso a la ciudad. En el camino, los milicianos se detienen a tomar unos tragos en la posada "Venta Eritaña" dejando a los presos a cargo del conductor.

Mientras están bebiendo llega otra camioneta con milicianos quienes, al saber que los dos presos son religiosos, pretenden entretenerse matándolos allí mismo pero vuelven los bebedores y consiguen, no sin esfuerzo, que no realicen tal propósito, alegando que

están bajo su custodia. Gracias a esta intervención el martirio se aleja de nuestros Hermanos pero sólo por unos días.

Finalmente son conducidos al "Astoy-Mendi". ¡Qué coincidencia! Unos días antes, el 30 de agosto, habían abandonado esta cárcel flotante camino del martirio los Hermanos Edmigio, Amalio y Valerio, miembros también de la comunidad del Colegio San José de Almería.

El 8 de setiembre, fiesta de la Natividad de Nuestra Señora, es el día escogido para que los Hermanos Teodomiro y Evencio vayan a celebrar esta fiesta en el Cielo. A media tarde les llaman, les hacen subir a una camioneta y les dan el trágico "paseíto" por la carretera de Roquetas de Mar. Sólo ellos son los señalados para morir ese día; por coincidencia es el aniversario del nacimiento del Hermano Teodomiro, cumple 29 años.

Llegados a un lugar solitario les hacen bajar de la camioneta, se apartan del camino y hacen varios disparos contra ellos. Los Hermanos mueren manteniéndose fieles a Cristo hasta el último momento.

Los milicianos abandonan los cadáveres en el lugar del fusilamiento; donde son recogidos horas más tarde.

* * * * *

Días después otros dos nombres se añaden a la lista trágica: los Hermanos Aurelio María, el director del Colegio San José, y el Hermano José Cecilio.

Hermano Aurelio María (Bienvenido Villalón Acebrón)

Siendo muy niño pierde a sus padres y es llevado a vivir junto con su hermano Eustasio a la casa de un tío quien hace de tutor.

Una tarde de marzo, mientras los dos huérfanos están trabajando en una propiedad contigua, el hermano mayor, Eustasio, dice a su amigo Fidel:

- Oye, Fidel, en el pueblo se corre la voz de que dentro de poco te vas al noviciado de los Hermanos, ¿es cierto eso?.

- Sí, responde Fidel. He estado pensando bastante tiempo en ser religioso y al fin me he decidido. Si Dios quiere, me iré del pueblo el día de San Isidoro.

- ¿Y yo no podría acompañarte?, dice Bienvenido.

- ¿Por qué no? Tenemos casi la misma edad; creo que tu tío no se opondría. De todos modos todavía tienes tiempo para reflexionar y para conversar con él.

- ¡Gracias!, grita lleno de alegría el futuro mártir.

Eustasio toma la palabra y dice: "Bueno, no se

molesten pero ustedes deciden escoger el cielo para los dos y me dejan a mí la tierra. ¡El reparto no es parejo! Por otra parte, Bienvenido, ¿has olvidado el acuerdo que hemos tomado de emprender juntos un mismo camino?. Si tú te vas, yo te sigo".

- Bueno, ¡entonces, partiremos los tres!, responde Bienvenido.

Y Fidel concluye: Esta misma tarde escribiré al Noviciado de Bujedo y verán que el Hermano encargado de las vocaciones nos recibirá con gusto. Yo le conozco muy bien.

Terminado el trabajo vuelven a sus respectivas casas y conversan lo que han estado hablando entre ellos. Las familias aceptan la idea. Los tres redactan una carta y la envían al Hermano encargado de la orientación vocacional.

Días más tarde llega la contestación. La respuesta es positiva, los tres han sido admitidos al Noviciado. El día señalado emprenden el camino de Bujedo con un poco de nerviosismo. En sus rostros se ve una ilusión difícil de definir que día a día se va a ir clarificando y concretizando.

En el Noviciado les recibe el Hermano Director quien hace algunas preguntas muy sencillas a Bienvenido. Le agrada su ingenuidad y la exactitud de sus respuestas. Pasan sus meses de Postulantado y recibe el hábito religioso de los Hermanos de las

Escuelas Cristianas y el nuevo nombre de Hermano Aurelio María. El segundo nombre, María, está en concordancia con el amor que manifiesta a la Santísima Virgen; con frecuencia se le ve rezando el rosario.

Años más tarde los superiores le confían la dirección del Colegio San José de Almería. Es un excelente ejemplo de trabajo; disfruta con la enseñanza de las Matemáticas, a los alumnos más adelantados les da clase de Contabilidad.

Tiene especial preocupación por la salud de los Hermanos. Cuando alguno de ellos cae enfermo, él le atiende con una bondad paternal y no descansa hasta que el enfermo consigue su completo restablecimiento.

Cuando le llega la noticia del martirio de los ocho Hermanos de la comunidad de Turón, escribe al Hermano Visitador Provincial: "¡Qué dicha tan grande la nuestra si pudiéramos derramar la sangre por tan noble ideal. Seamos verdaderos religiosos educadores para merecer semejante honor".

Hermano José Cecilio (Bonifacio Rodríguez)

Es el compañero de martirio del Hermano Aurelio María.

Los padres de Bonifacio son profundamente religiosos; hacen el sacrificio de entregar a tres de sus hijos para consagrarse a Dios como Hermanos de las

Escuelas Cristianas. El es el más joven de los tres.

Comienza sus estudios en la escuela que tienen los Hermanos en Iturribide. Rápidamente gana la confianza de sus compañeros y a pesar de su pequeña estatura ejerce una gran influencia en ellos, lo que le vale el sobrenombre de "Mi capitán".

Convertido en Hermano José Cecilio realizada su consagración a Dios. Se caracteriza por hacer a lo largo de su vida una variedad de trabajos prácticos para lo cual sus manos poseen una maña extraordinaria. Se desempeña como: jardinero, electricista, zapatero, enfermero, profesor, encuadernador,... particularmente en el Colegio del Sagrado Corazón; éste es un hogar que tienen los Hermanos para la formación de niños huérfanos en Madrid.

En él tiene que hacer el papel de padre y de madre. La principal necesidad de los niños es el cariño. Siendo enfermero pasa noches enteras a la cabecera de algunos enfermos de salud delicada y repite esto cuantas veces es necesario.

Cuando el 11 de mayo de 1933 incendian el Colegio de Nuestra Señora de las Maravillas, él es el enfermero del pensionado. Con extraordinaria sangre fría transporta por en medio de las llamas a lugares más seguros al Hermano Visitador y a tres alumnos, todos ellos enfermos.

Una vez que se calman momentáneamente los

odios revolucionarios, extrae de los escombros del incendio todo el material utilizable para aprovecharlo o venderlo: tuberías de plomo, piezas de fierro, muebles recuperables, etc. es un duro trabajo que realiza con paciencia y eficacia durante varios meses.

Le encomiendan también algunos asuntos relacionados con las autoridades oficiales como obtener del Ministerio de Educación diversas autorizaciones, legalizar en la Seguridad General los pasaportes de los Hermanos destinados al extranjero, entenderse con los Inspectores de Enseñanza Primaria para que los Hermanos estudiantes puedan realizar su práctica profesional en los centros autorizados, etc.

En 1935 En medio de un ambiente política y socialmente tenso es enviado al Colegio San José de Almería para asumir la supervisión de los trabajos de construcción del nuevo Colegio La Salle. Llega vestido de seglar y se entrega a ello con entusiasmo. El mismo traza los planos, consigue los materiales necesarios y examina las mezclas y diversos aspectos de la construcción.

En medio de la revolución, un miliciano le presagia su fin, le dice: "Has construido un Colegio pero no construirás otro".

Ultimo grupo de Hermanos mártires en Almería.

En páginas anteriores hemos mencionado el saqueo del Colegio San José de Almería, la toma de sus locales y la detención de algunos Hermanos realizadas el 22 de julio de 1936.

El Hermano Aurelio María, director, y otros cuatro Hermanos son conducidos a la Alcaldía pero al no disponer de sitio para mantenerlos detenidos, se les autoriza que busquen un lugar para vivir. En principio se dirigen al Hotel Central donde encuentran alojamiento.

El diputado socialista, vecino del Colegio y muy conocido, Gabriel Pradal, dice al dueño del Hotel: "Aquí quedan éstos; que no se muevan sin orden mía".

Pero de nada sirve esta orden. Algunos milicianos les han seguido para saber exactamente dónde se van a refugiar. Hacia las seis de la tarde se presenta un grupo de ellos exigiendo que les entreguen a los Hermanos.

Resulta inútil la oposición y explicaciones del dueño del Hotel, y comienza el via-crucis para los Hermanos. Primeramente los conducen a la Casa del Pueblo, el Casino; de allí son llevados a la sede del Comité Revolucionario y, finalmente, a la Cárcel provincial. Angustiados atraviesan la ciudad en medio de los insultos y agravios de la gente, bajo el crepitar de los fusiles con los cuales pretenden aterrorizar a la

población.

El día 27 de julio, el Hermano Aurelio María y el Hermano José Cecilio, encargado de la construcción del nuevo colegio, obtienen la autorización para supervisar las obras. Salen los dos, visitan la construcción, realizan los pagos del personal y de materiales, alojándose nuevamente en el Hotel Central.

Poco les dura esta libertad pues dos días más tarde son detenidos y llevados nuevamente a la Comisaría. Allí permanecen en calidad de detenidos hasta el 8 de agosto; este día son separados los dos pero volverán a encontrarse en otro lugar de detención unos días más tarde.

El Hermano José Cecilio es conducido en un camión, junto con otros presos, al Convento de las Adoratrices convertido en prisión; allí se encuentra con otros 22 detenidos, dos de ellos sacerdotes. El 12 de agosto se les añaden don Diego Ventaja, obispo de Almería, y don Manuel Medina, obispo de Guadix.

Mientras tanto, al Hermano Aurelio lo llevan con una cincuentena de detenidos al barco "Capitán Segarra" que hace de prisión flotante en el puerto de Almería. Al atravesar las calles la gente les grita: "¡A los peces con ellos! ¡A los peces!".

El Hermano pasa el tiempo rezando el rosario en la bodega del barco, pidiendo a María su ayuda en estos difíciles momentos. Uno de los detenidos, Antonio

Benito, le dice un día:

- "¿De nuevo está usted rezando?"

- "Hay que aprovechar el tiempo, le responde el Hermano, ¿en qué otra cosa mejor podría emplearlo?".

- "¿Sabe usted que probablemente uno de estos días seremos arrojados al mar?", insiste don Antonio.

- "¡Ah!, eso sería una gran suerte -responde el Hermano-: seríamos mártires por Cristo e iríamos derechos al Cielo".

Tres días más tarde, el Hermano Aurelio María es llevado al Convento de las Adoratrices; allí se encuentra nuevamente con el Hermano José Cecilio. Felices, como en otro tiempo los Apóstoles, de sufrir por Jesucristo, siguen ofreciéndose animosos a realizar trabajos sencillos como el barrer, fregar los suelos y los baños,... bajo la mirada divertida de los milicianos que disfrutan con las humillaciones de los sacerdotes y religiosos.

En sus paseos por este antiguo convento encuentran algunos libros religiosos; esto es un motivo de alegría para los amantes de la lectura. Los Hermanos piden algunos libros de francés e inglés para enseñar dichas lenguas a sus mismos guardianes; así van ganándose la confianza de ellos.

Varias veces al día se juntan los dos Hermanos a rezar, invitando a orar con ellos a otros detenidos.

El 12 de setiembre, el arquitecto hace entrega del nuevo Colegio La Salle ya terminado. Esto es motivo de alegría para los Hermanos Aurelio María y José Cecilio, pero poco les va a durar. El Colegio es convertido de inmediato en un nuevo lugar de detención, llamado Cuartel de las Milicias; posteriormente se lo utilizará como juzgado y finalmente como "paredón" para los fusilamientos.

El Señor permite que estos dos Hermanos, que tanto han hecho por la construcción de este edificio destinado a una obra educativa, sean los que lo estrenen este día convirtiéndose en los dos primeros presos que lo habiten pero sólo permanecerán en él unas horas.

Ese mismo día numerosas personas son destinadas a este nuevo recinto de detención. Conforme los detenidos van llegando, separan a los sacerdotes y religiosos del resto.

El fin está próximo, es cuestión de horas. Llegada la noche sacan a los Hermanos junto con otras veintiséis víctimas escogidas para el sacrificio. En una camioneta los conducen al lugar llamado "Venta de los Yesos" o "Contraviesa", en el término de Tabernas.

A nuestros Hermanos se les ve tranquilos, contentos de haber respondido con fidelidad al Señor y disponibles para lo que El quiera. Repiten

frecuentemente: "¡Que se haga la voluntad de Dios!", "¡Que sea lo que Dios quiera!". Y mutuamente se apoyan y se animan.

Les hacen bajar de la camioneta. Los llevan con las manos atadas a la espalda; así se presentan ante el pelotón de fusilamiento. Una tras otra van cayendo bajo la acción de las balas cada una de las veintiocho víctimas. Los cuerpos son echados a un pozo abandonado de una mina llamada "Tahal".

"Si me persiguieron a Mí, también les perseguirán a ustedes"

Ser religioso o sacerdote ha sido suficiente motivo para ser detenido, ser llevado al "paseíto" y ser fusilado, por cualquier grupo de milicianos sin juicio previo.

¡Doce obispos, 4.266 sacerdotes, 2.489 religiosos, 283 religiosas y 248 seminaristas han sido vilmente asesinados!; éste es el heroico martirologio de esta persecución. Pero ¿quién podrá contar el número de fieles católicos que pagaron con su sangre su adhesión a los principios de la Iglesia?.

Refiriéndose a lo material, el Cardenal Gomá habla de unas veinte mil iglesias o capillas destruidas o saqueadas.

De los 1.432 Hermanos de las Escuelas

Cristianas que había en España, un total de ciento sesenta y cinco murieron martirizados.

Además hubo otros muchos que si bien siguieron con vida, participaron de una u otra forma en la pasión de Cristo: Doscientos setenta Hermanos sufrieron largos meses de encarcelamiento y torturas en centros de reclusión llamados checas. Cinco de estos Hermanos murieron a consecuencia de las torturas a que padecieron.

Ciento diez Hermanos fueron sometidos a intensos interrogatorios, injurias, vejaciones y malos tratos para obtener declaraciones.

Otros muchos estuvieron también al borde de una muerte sangrienta y sufrieron por su fidelidad a Cristo; otros consiguieron huir, llevando una vida miserable, viviendo de la mendicidad y estando expuestos permanentemente a sospechas y posibles arrestos.

Varias de las obras que dirigían los Hermanos quedaron totalmente arrasadas, por ejemplo: las escuelas de Cádiz, de Barceloneta y de Peñuelas y el Colegio San José de Almería. Otras quedaron prácticamente destruidas como: las escuelas de San Marcial de Irún, la de Figueras y la de Tortosa. Otras fueron víctima de incendios provocados, por ejemplo: el Colegio de Nuestra Señora de las Maravillas y su escuela anexa, las escuelas del Puente de Vallecas y de

la Viña de Cádiz, la Casa Provincial, el Archivo de los Hermanos, la Editorial Bruño.

Otras se salvaron gracias a la acción vigilante y decidida de exalumnos y padres de familia, tales como la escuela de Gracia en la que recordaban el amago de incendio de la Semana Trágica de Barcelona y el Colegio de San Rafael en el que montaron guardia noche y día.

Cincuenta y cinco colegios de los Hermanos fueron saqueados llevándose muebles, ropa y libros; de los ornamentos y objetos religiosos no quedó ni rastro.

¿Eliminación de la Iglesia?

Los revolucionarios, sin respetar las normas jurídicas, cayeron sobre estos consagrados y los inmolaron en un empeño de aniquilar todo vestigio de religión. Jóvenes y ancianos, de edades comprendidas entre los dieciocho y setenta y seis años, fueron eliminados sin ningún miramiento.

Invitados a gritar "¡Viva Rusia!", gritaron "¡Viva Cristo Rey!". Prefirieron morir dando la cara cuando se les ordenó volverse de espaldas para ser fusilados.

El Papa Pío XI, lleno de emoción y espanto, se ha referido a la forma brutal, bárbara e inhumana de estos crímenes en los siguientes términos: "Altísimos jerarcas sagrados, obispos, sacerdotes, vírgenes consagradas a Dios, seglares de toda clase y condición,

venerables ancianos, jóvenes en la flor de la vida y el mismo sagrado silencio de los sepulcros (los cementerios), todo ha sido asaltado, arruinado y destruido con los modos más villanos y bárbaros, con el desenfreno más libertino, jamás visto, de fuerzas salvajes y crueles, que pueden creerse imposibles, no digamos a la dignidad humana, sino hasta la misma naturaleza humana, aun la más miserable y la caída en lo más bajo".

Una vez más se repite la historia: A quienes los cristianos llamaban "mártires", los paganos motejaban de "sediciosos, rebeldes y enemigos de los emperadores".

Da la impresión de asistir a la muerte de la Iglesia.

Andrés Nin, jefe del Partido Obrero Unificado Marxista, declaraba el 8 de agosto de 1936: "El problema de la Iglesia... nosotros lo hemos resuelto totalmente yendo a la raíz: hemos suprimido los sacerdotes, las iglesias y el culto".

José Díaz, secretario general de la III Internacional, añade en Valencia el 5 de marzo de 1937: "En las provincias que dominamos la Iglesia no existe. España ha sobrepasado en mucho a la obra de los soviets porque la Iglesia en España está hoy aniquilada".

Finalmente, Juan Peyró, uno de los dirigentes de la Central Nacional de Trabajadores y Ministro del Gobierno de Valencia manifiesta: "El anatema general... ha sido tomado tan al pie de la letra que se ha perseguido y exterminado a todos los sacerdotes y religiosos únicamente porque lo eran".

Una vez más se cumplieron las palabras que San Juan Bautista de La Salle había dejado a los Hermanos: "El pago que deben esperar por haber hecho el bien al prójimo es la incomprensión, los ultrajes y las calumnias. Todo el agradecimiento que tienen que esperar por haber instruido a los niños son las injusticias e incluso las persecuciones y la muerte..."

Epílogo de un martirio

Cuando se desencadenó la tormenta revolucionaria, diecinueve de nuestros Hermanos trabajaban en Almería. Siete confirmaron con su sangre la verdad del Evangelio que enseñaban; fueron martirizados en tres grupos distintos. Su arresto y su muerte fueron motivados por el hecho de ser religiosos y educadores cristianos; otros Hermanos del mismo Colegio estuvieron también en prisión pero se libraron de la muerte.

Pío XI lo resume diciendo: "*Fueron desterrados, condenados a trabajos forzados, fusilados y asesinados de modo inhumano; por haber difundido*

la religión fueron detenidos por sospechosos, vejados, perseguidos y llevados a prisiones y tribunales".

Uno de los principales responsables de los asesinatos de Almería, Juan del Aguila Aguilera, presidente del Comité Revolucionario declaró: "Una de las finalidades de la revolución española era la destrucción total de la Iglesia Católica y la eliminación de sacerdotes y religiosos por el procedimiento más eficaz, incluso el asesinato..."

El Colegio San José de Almería fue destrozado por los que se decían "amigos del pueblo". Terminada la revolución, los Hermanos reconstruyeron este colegio de enseñanza comercial, el cual funciona actualmente en la calle "Mártires de La Salle".

Subida a los altares

Una breve reseña de los sucesos relatados en estas páginas permite comprender algo de la dolorosa historia que costó la vida de estos siete Hermanos de las Escuelas Cristianas, entre miles de religiosos y religiosas.

No basta morir en una revolución para recibir el reconocimiento de parte de la Iglesia y el calificativo de mártires, ya que en una guerra se mezclan fuertes intereses políticos y económicos; es preciso discernir si se ha entregado la vida por fidelidad a Cristo.

Durante varios años, una comisión de teólogos

e historiadores estuvo analizando y estudiando la muerte de estos siete Hermanos, y elaboró un detallado informe que permitió que fuera calificada de martirio en la reunión de Cardenales del 6 de octubre de 1992; calificativo que fue ratificado por el Papa Juan Pablo II el 21 de diciembre de 1992 mediante el decreto correspondiente.

El domingo 10 de octubre de 1993, S.S. Juan Pablo II los elevó al honor de los altares y los proclamó Beatos.

Sobre el osario sagrado del pozo Tahal, sobre ese pozo seco y abandonado en el que fueron echados los cadáveres de algunos de estos Hermanos Mártires se ha erigido, en recuerdo de todas las víctimas, una capilla llamada Capilla de los Mártires.

Contamos con la intercesión de nuestros Hermanos Mártires. Dios no se deja ganar en generosidad.

¡BEATOS HERMANOS MÁRTIRES DE ALMERÍA!

¡RUEGUEN POR NOSOTROS!